

pital en la iglesia mayor celebró el Sr. Sandoval una solemne Misa, predicando en ella nuestro benemérito bizcaino con tal unción y espíritu de leñidad y concordia, que los ánimos intranquilos por la llegada del visitador, cuyas providencias temían, quedaron esperanzados. Lo que Sandoval cumplía en Nueva España se cometió á Armerdariz en el Perú y otros reinos del Sur de América.

Entre las órdenes que el visitador D. Tello de Sandoval debia hacer cumplir se hallaban cuatro ó cinco referentes á los indios. En asamblea celebrada en Méjico se hicieron presentes los inconvenientes que se seguirían de dar ejecución á las provisiones del Rey y consejo de Indias, por lo cual fueron enviados á España á conferenciar sobre esto con el emperador los Provinciales de los dominicos, Agustinos y Franciscanos, juntamente con los procuradores Gonzalo Lopez y Alonso de Villanueva.

Importantes bienes produjo la visita de Sandoval á Nueva España, porque dió protección á la doctrina y enseñanza de los indios, acerca de lo cual tanto se afanó Zumarraga, promovió la construcción de monasterios en todas las provincias, cumpliendo la voluntad del emperador, se dieron principio á los trabajos de designación de límites de las diócesis, decretó disposiciones favorables á los indígenas y administró justicia é hizo que se cumpliesen las leyes establecidas.



CAPITULO XIX

Zumarraga comienza el palacio episcopal.—Manda al P. Oseguerra que en su nombre le represente en el Concilio de Trento.—Se interesa por la regularidad monástica.—Desea tener de predicador en Méjico al elocuente P. Torres.—Obsequio á este Padre.—Martin Aranguren.

SIEPRE dispuesto Zumarraga á hacer bien y á asentar lo tocante al gobierno de su diócesis, comenzó á edificar la casa episcopal y dependencias de la misma, y habiéndole llegado las cartas invitatorias para la asistencia al Concilio de Trento, convocado por Paulo III, no pudiendo asistir á é. por sus achaques y vejez é incomodidades del viaje, encomendó al agustino P. Oseguerra le representase y asistiese á las sesiones en calidad de teólogo. Como buen religioso y vigilante Pastor, que deseaba la prosperidad y buen gobierno de las Ordenes religiosas, acudía á los capítulos que celebraban los religiosos establecidos en Méjico. *Perlado digno de eterna memoria*, dice Remesal del egregio Zumarraga, *con millones de alabanzas, predicaba á los capitulares, animándolos á establecer órdenes de edificación y provecho.*

Habiendo oido los sermones que en Santo Domingo predicó el elocuente P. Torres, que se hallaba accidentalmente en la ciudad, asistiendo á un capítulo de la Orden; considerando que de su

predicación podía resultar mucho bien á las almas, entró en deseos de que se quedase en Méjico, y, para conseguirlo, se encaminó á pié, (á los 80 años) á la residencia del provincial de los dominicos, situada á tres leguas de la capital.

Llegó rendido de cansancio al convento en donde le recibieron como se merecía por su dignidad, ancianidad y virtudes. Sin embargo, el superior no se avino á que el P. Torres residiese en Méjico á pesar de las instancias que le hizo el Obispo, ponderando el bien que un predicador de las circunstancias del P. Torres podía hacer en la metrópoli.

Difícil era, en efecto, acceder á la súplica de Zumarraga, porque el P. Torres pertenecía á la provincia de Chiapa, de la que fué elegido por el capítulo vicario de Ciudad Real.

A la negativa que sufrió exclamó como hombre resignado y sufrido: «He hecho lo que me parecía podía ceder en beneficio de mis ovejas. No me pedirá el Señor cuenta de no haber practicado las diligencias convenientes». (1) Este suceso acaeció en 1547.

En prueba del aprecio en que tuvo á este padre dominico, cuando partió para su destino en compañía del P. Jerónimo de San Vicente, le regaló Zumarraga un ornamento blanco, dos frontales de seda, uno blanco y otro de color, y algunos libros.

Remesal cuenta también el siguiente hecho acaecido con estos religiosos, que lo referimos por intervenir en él un bascongado.

Escribe el citado autor que al emprender el viaje estos padres salióles al encuentro *un hombre*

(1) Remesal, *Historia de Chiapa y Guatemala*.

honrado, de nación bizcaino, llamado Martin de Aranguren, el cual les ofreció algunos pesos en calidad de limosna. Excusáronse los Padres diciéndole que no tenían necesidad de ellos, pues caminaban como pobres. Instóles de nuevo que con aquel dinero comprasen alguna cosa para el convento. Rehusaron los religiosos reponiendo al bizcaino que hallándose en camino no podían ya detenerse en compras.

Affigióse el piadoso donante con esta respuesta, pues á toda costa quería obsequiar á los dominicos, y á fin de conseguir su intento les preguntó qué era lo que más deseaban tener en el convento, á lo que, para no desairar á quien tantas muestras daba de hacerles bien, le contestaron que un palio para las procesiones de la Eucaristía.

Entonces, muy á pesar de los religiosos, les llevó á una tienda de sedas para que eligiesen la que más les apetecía, y habiendo hecho la elección prosiguieron su viaje, agradeciendo al buen bizcaino su buena voluntad y su obsequio. El bizcaino Martín Aranguren no se contentó con la compra de la seda, sino que mandó hacer el palio, y les remitió con un emisario, que alcanzó á los religiosos á 25 leguas de Méjico. (1)

(1) Historia citada, libro VIII, capítulo IX.



CAPITULO XX

Zumarraga es nombrado Arzobispo de Méjico.—Sentimiento que tuvo por este nombramiento.—Trata de renunciar el arzobispado.—Confirma catorce mil indios en Tepezlaotoc, donde enferma de gravedad.—Es conducido á Méjico.—Su última enfermedad.—Lo que dijo una hora antes de morir.—Su fallecimiento.—Sentimiento en Méjico por la muerte de su primer Arzobispo.—Sus exequias.—Murió pobrísimo.—Escrutinio hecho en su tumba á los 35 años de ser enterrado.—Epitafio que en su honor compuso Gil González Dávila.

Elaboriosa vida de D. Fr. Juan de Zumarraga se aproximaba á su ocaso; pero antes de extinguirse debía brillar con nueva aureola.

Paulo III, Pontífice reinante, viendo que la religión se desarrollaba prósperamente en el reino mejicano, y que para darla un gobierno más poderoso y una existencia más sólida era preciso reglamentar las sedes y establecer la jerarquía en la Iglesia de Nueva España, elevó á metrópoli la silla mejicana, por lo que Zumarraga quedó constituido superior jerárquico, y nombrado primer arzobispo de Méjico (1547).

Mucho afligió la nueva dignidad á Zumarraga, quien por tres veces había pedido ya que le relevaran del cargo episcopal por considerarse indigno y sin fuerzas para él: con razón había de extremecerse, y experimentar profunda amargura al verse engrandecido y encumbrado.

Lloró y gimió su exaltación, y mientras todos se

regocijaban de la esplendorosa distinción con que se premiaban sus ochenta años consagrados al servicio de Dios, de la Iglesia y de la patria, sólo Zumarraga sentía hondo disgusto.

Trató de renunciar el arzobispado, y al efecto partió á Tepetlaoztoc, residencia de su confidente y amigo el P. Betanzos, para conferenciar con él y pedirle consejo.

A excepción de dos religiosos, todos animaban á Zumarraga á que aceptase el honroso puesto y acabase sus días gloriosamente, ocupando la primera sede arzobispal de Nueva España.

Aceptola, al fin, con la humildad y pesadumbre con que aceptó la mitra en 1528.

Mas sus días estaban contados, y poco tiempo había de vivir en la nueva dignidad.

Previendo que se acercaba su fin, y que su vacante había de ser de alguna duración, quiso terminar su vida ejerciendo un acto de su cargo pastoral.

Publicó en las iglesias la administración del sagrado crisma á los indios que no habían aun recibido la confirmación.

Era la fiesta de Pentecostés de 1548 cuando el Illmo. Sr. Zumarraga practicaba su última obra episcopal en público. La iglesia de Tepetlaoztoc se vió, durante cuatro días, invadida por catorce mil indígenas que se presentaron á recibir el Sacramento de la Confirmación. Operación fatigosa para el octogenario Zumarraga, que nunca esquivó el trabajo. El número de los catorce mil indios confirmados fué certificado por el vicario del monasterio de Tepetlaoztoc, que llevó cuenta minu-

ciosa de las catorce mil vendas empleadas en los que recibieron el Sacramento. (1)

La dispensación del santo crisma á tan copioso número de fieles honra sobremanera al varón escogido por Dios para el gobierno de la primera Iglesia de Méjico.

Siervo diligentísimo y prudente que no escondió sus talentos, ni descuidó negociarlos como el siervo perezoso del Evangelio, se apresuró á fortalecer á sus hijos antes de morir, dejando un alto ejemplo de laboriosidad pastoral, y una prueba de su celo por la salvación de sus diocesanos.

Abstraído su corazón de todo lo que no fuese contribuir á la gloria del gran Padre de familias fatigó su cuerpo, porque sabía que el reino de la inmortal gloria y del eterno descanso no se conquista *nisi per magnos labores*.

Al día siguiente de concluida su tarea episcopal se sintió atacado de su última enfermedad.

Deseando morir en su sede se hizo trasladar á Méjico, á donde le acompañó su amigo el P. Betanzos. Morir en brazos de este esclarecido hijo de Santo Domingo, testigo de sus fatigas evangélicas, había sido el anhelo de Zumarraga, y Dios le concedió esta satisfacción.

Nueve ó diez días duró la penosa enfermedad que acrisoló la resignación y extinguió la preciosa existencia del primer Arzobispo mejicano.

Durante ellos enfervorizó su espíritu, se recon-

(1) Mendieta.—Id. pág. 633. La confirmación administró también en Méjico antes de verificarla en Tepetlaoztoc. Algunos autores dicen que tuvo revelación de su muerte y que se lo manifestó á muchos. Previendo que su vacante fuese de alguna duración, confirmó tan crecido número de fieles.

centró todo en Dios, recibiendo los últimos Sacramentos con una piedad edificante.

Conservó perfecto conocimiento hasta el instante de exhalar su postrer aliento.

Una hora antes de morir, recordando, sin duda, la sentencia del Eclesiastés: Nadie sabe si es digno *de amor ó de odio*, dirigiéndose á los religiosos que le rodeaban, les dijo: «¡Oh padres, qué diferente es hallarse el hombre en el artículo de la muerte á hablar de ella!»

El pensamiento de la muerte hizo á veces temer á los mismos Santos: es la muerte, *momentum á quo aeternitas pendet*, el momento del que pende una eternidad feliz ó desgraciada. ¿Quién no teme la última hora?...

Esta habia llegado para el héroe de nuestra historia, y á las nueve de la mañana del domingo infraoctava de la solemnidad del CORPUS de mil quinientos cuarenta y ocho, plácidamente se durmió en el Señor el santo Prelado de Méjico, don Fray Juan de Zumarraga, *senex et plenus dierum*, sumiendo en profundo dolor á la ciudad arzobispal y á toda la Nueva España, que se gloriaba de tener en el primer puesto de la gerarquía eclesiástica á tan excelente obispo, consumado en todo género de virtudes.

Vistió de luto la metrópoli al tener noticia de la muerte de su egregio Pastor, que tantos beneficios dispensó á la ciudad y á la diócesis, y que tanto se interesó por la prosperidad de la religión y del buen nombre de España en todo el reino mejicano.

Brillantes fueron sus exequias que se celebraron en la iglesia mayor, concurriendo el virrey,

la audiencia, los jefes del ejército, todos los antiguos conquistadores que residian en Méjico, el municipio, y asombroso número de personas que llegaron de pueblos distantes á tributar el último obsequio á su querido Padre, el más popular de los Prelados que tuvo la sede mejicana.

Fué enterrado próximo al presbiterio de la iglesia mayor, al lado del Evangelio, y dejó tal concepto de santidad, que sus virtudes han sido pregonadas por la fama, conquistándole un nombre imperecedero.

Todos los cronistas é historiadores le dedicaron elogios muy merecidos, y hoy dia Méjico ensalza su santa vida como lo hicieron sus coetáneos.

En 28 de Julio de este año Fr. Pedro de Gante, deudo del emperador Carlos V, escribió á este una carta muy sentida, en la que refiriendo la muerte del venerable Zumarraga decía lo siguiente: «veinte y cinco años estoi con este hábito: estos naturales me miran como padre: nunca he estado tan triste como el dia de hoy, á causa de haber muerto el obispo Zumarraga, verdadero padre destes naturales... Fué siempre mi compañero en trabajo con ellos... Trabajó en la conversión i doctrina destes naturales asi en lo espiritual como en lo temporal, dándoles limosnas... A causa de tantas limosnas y obras pias así para casas de huérfanas, como en sustentar viudas y hacer enfermerias entre los Religiosos como entre los naturales, murió sin poder pagar la merced pactada á su mayordomo» y suplicaba al emperador pagase las deudas del Arzobispo Zumarraga (1). Gil Conzález Dávila dice también que

(1) Carta que se conserva en el *Archivo de Indias*, Sevilla.

murió con muchas deudas contraídas en fundar iglesias y socorrer pobres. (1) Pobreza y deudas son estas que honran al ínclito hijo de Durango. El emperador Carlos V, amicísimo de Zumarraga, y admirador de su prudencia y virtudes, las pagó todas por cédula fechada en 7 de Julio de 1549.

En la carta dirigida por el Cabildo Catedral de Méjico al Emperador, participándole el fallecimiento del Illmo. Fray Juan de Zumarraga, después de relatarse algo sobre el licenciado Aldana, á quien el Cabildo comisionaba le hiciese de palabra relación de las necesidades de la Iglesia de la capital de Nueva España, se decía lo siguiente sobre la muerte de su primer Pastor (2)... «sabrá como ha sido Dios servido de llevar á su gloria nuestro bienaventurado e santo perlado Fr. Juan Zumarragá, el cual murió en esta cibdad tan santa é bienaventuradamente, que creemos, segund ella é su buena vida, está en el cielo, é por sus méritos ha de facer Nuestro Señor mucho bien á esta tierra é Iglesia. Su muerte nos ha puesto mucha soledad, porque era verdadero Perlado e padre é refugio de todos é de los necesitados della: murió sin acetar el título que V. M. nos ha fecho merced; é como se nos fue como de entre manos; importunó tanto á Dios fuese servido de le llevar antes que se engolfase en negocio que le destruyese de su llaneza, que le oyó é llevó para sí, segund su muerte é las suplicaciones que á Dios hizo para que fuese servido de dársela. Sabemos murió pobre y con algunos cargos, porque las casas que te-

(1) Gil Gonzalez Dávila, *Teatro Eclesiástico de Méjico*.

(2) *Colección de Documentos inéditos del Archivo de Indias*, pág. 281.

nía dió en vida al hospital de las bubas, los ornamentos pontificales é parte de libros á esta Iglesia, é como su prebenda era poca, por las muchas necesidades á que acorria, queda debiendo dineros á Martín de Aranguren, el cual remediaba sus necesidades. Asi creemos terná sufragio á que V. M. le faga mercedes en descargar el ánima que tanto é con tantos trabajos ha procurado el servicio de Dios é de V. M. é la reformacion é confirmacion de su santa fe en esta nueva tierra é gente: á V. M. suplicamos, atentos los méritos del pasado, nos provea de tal Perlado, con el cual el servicio de Dios Nuestro Señor é de V. M. é el bien universal de esta tierra se consuele de la lástima é falta que el pasado face, por el cual está toda, así naturales como advenedizos, tan tristes como por pérdida de verdadero padre. Plega á Dios tenerle en el cielo, é el invictísimo estado de V. M. en su santa custodia guarde. De México á veinte de Junio de mill quinientos cuarenta é ocho años. Sacra, Cesarea, Católica Magestad, humildísimos Capellanes que sus reales manos besamos. El maestrescuela de México—El Chantre Loaysa—El Licenciado Bravo—El Canónigo Avila.»

A los 35 años de su entierro el canónigo D. Pedro Nava, de noble prosapia, mejicano, que había sido familiar de D. Fr. Juan, su hermano D. Alonso y el eclesiástico D. Alonso Ximenez hicieron un escrutinio en la tumba en que yacía el cuerpo del venerable Zumarraga, y le encontraron, según dice Torquemada, como en el día de su deposición, vestido con casulla blanca, mitra de raso y anillos pontificales en los dedos.

El canónigo Nava, anhelando poseer una reliquia de su antiguo Prelado y señor, le cortó un dedo y recogió un anillo de oro en el que estaba engastada una esmeralda. Este anillo pasó después á poder del guardián de San Francisco de Méjico, Fr. Diego de Mendoza.

Gil Gonzalez Dávila, entusiasta de nuestro ilustre compatriota, compuso en su honor el siguiente epitafio latino:

DEO SERVATORI.
ILLUSTRISSIMUS DOMINUS
FR. JOANNES A ZUMARRAGA,
NATIONE CANTABER,
PROFESIONE FRANCISCANUS,
MUNERE ARCHIEPISCOPUS
A
CAROLO AUGUSTO
OB EXIMIAM
MORUM PURITATEM
MAGNI HABITUS,
ET AB EODEM, PRIMUS EPISCOPUS,
ET ARCHIEPISCOPUS MEXICANUS
DESSIGNATUS,
OVES
SIBI CREDITAS AD SEMITAS RITE
ET RECTE FACIENDAS,
TAMQUAM BONUS PASTOR,
DOCTRINA ET EXEMPLO.
PAVIT
PAUPERIBUS LARGUS, SIBI PARCUS,
QUIEVIT IN SOMNO PACIS
ANNO AETATIS LXXX. M. D. XXXXVIII.

CONCLUSION

HEMOS terminado en el capítulo anterior la narración de la vida del preclaro bizcaíno D. Fray Juan de Zumarraga, cuyos hechos, consignados en mil dispersos folios, hemos reunido para formar con ellos, siquiera sea en compendio, un libro dedicado á esclarecer y conservar en el país basco la buena memoria del primer Obispo y Arzobispo de Méjico.

Asuntos tan interesantes como los referidos en estas páginas merecían á la verdad ser reseñados por una pluma mas galana que la nuestra. Mas ya que no es así, un sólo mérito puede encerrar nuestro trabajo, y es el ser el primer libro que relata con alguna extensión los hechos más culminantes de D. Fray Juan, y los sucesos más importantes de Nueva España relacionados con el ilustre hijo de Durango. (1)

Nada hemos inventado. Hemos seguido á los autores más recomendables, á los cronistas más dis-

(1) Lo publiqué hace quince años ó sea en 1880. Al año siguiente D. Joaquín García Icazbalceta dió á luz en *México* un precioso trabajo muy completo con este título: «Don Fray Juan de Zumarraga, primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico.» (México 1881).